

Gustavo Duch

EL AÑO DE LAS AVIONETAS

Relato



Gustavo Duch

EL AÑO DE LAS AVIONETAS

Relato

Publicado en

Lo que hay que tragar, Minienciclopedia de política y alimentación,
editorial Los libros del lince. Barcelona 2010. ISBN: 978-84-937562-0-8.

© Gustavo Duch, 2010

© de esta edición digital:

LíbereLetras, 2021

Asociación Líbere Educación y Desarrollo

Imagen de portada:

Ceiba @ Sol Moracho

Diseño, maquetación y corrección ortotipográfica:

Lola Montero Cué y Ana Martín Santamaría



LíbereLetras promueve el acceso libre a la cultura. Se permite la reproducción, distribución y comunicación pública del contenido de esta obra digital bajo [licencia CC-BY-NC-SA](#) siempre que se reconozca adecuadamente su autoría y su uso no sirva a fines lucrativos o comerciales. Se permite la remezcla, transformación o creación a partir de esta obra siempre que el resultado se difunda bajo la misma licencia que el original. No podrán aplicarse a esta obra, ni a sus derivados, términos legales o medidas tecnológicas adicionales que legalmente restrinjan las libertades que esta licencia permite.

Síguenos en libereletras.biolibere.es

En sus primeros cursos, el camino hacia la escuela de Las Mercedes lo hacía de la mano de su abuela. Les gustaba pararse cerca de la gran ceiba que, presidiendo la loma, parecía una gran dama vigilante de los campos y huertas de los alrededores. Rita anudaba sus manos con las de la abuela y así, juntas, podían abarcar la ceiba. Pero antes tenían que pedir permiso para abrazarla.

—¿Permiso al árbol?

—Sí, Rita, no querrás ofenderla ¿no? Y dime ¿sientes su energía?

Años después, con Rita más crecida, sus brazos ya casi rodeaban a la ceiba.

—Envuélvela, acaricia su espalda, huele su piel de madera, percibe su tacto suave, como de mujer —le decía la abuela.

Y Rita, con los ojos cerrados, sentía la savia de la ceiba correr en sus venas y resonar en sus oídos.

El año de las avionetas la ceiba enfermó como la abuela.

—Nos echan veneno para matarnos como malas hierbas. Ya murió Silvano, el pequeño de los Talavera, y tu madre no deja de ahogarse. A la Iglesia llegaron unos doctores y nos explicaron. Las avionetas riegan *roundup*, que lo mata todo menos la soja. La empresa que vendió las semillas de la soja es la misma que fabrica y vende este herbicida. Que no salgamos de casa hasta las diez, que es cuando dejan de regar, que del canal no bebamos, y ni regar se me ocurra. —Marchemos de aquí —dijo Lucas, el padre de Rita.

El dinero que les dio la compañía sojera les pagó los pasajes del ómnibus a Asunción, dos mensualidades del chamizo en los Bañados y el sepelio de la abuela, bien lejos de su loma.

—¡Madre, mira qué encontré! —Correteando por la cocina, mientras Rita freía unas empanadas de mandioca, Lucasito presumía de su hallazgo con una antigua libreta escolar en sus manos—.

—Ven, gurisito, que te leo.

Abrió Rita al azar el cuaderno escolar por donde decía «Ciencias Naturales», y leyó sobre los árboles: «Los quebrachos de Argentina, las ceibas de Paraguay, los baobabs en la sabana africana, el olivo manchego, las araucarias en Australia, en Canadá las secuoyas, los robles que viven en China... Todos, colectivamente, anudando sus raíces como en un gran abrazo, aseguran, engarzan, amarran todos los pedacitos de tierra, que así, sin escaparse por los cielos cósmicos, forman nuestro planeta Tierra.

—Lucasito, tenemos que hacer un viaje.

